

## 2 Tim. 4:1-5

Sermón 2 Tim. 4:1-5 Octubre 18 2009 Ordenación de Gabriel Asto

<sup>1</sup>Te suplico encarecidamente delante de Dios y del Señor Jesucristo, que juzgará a los vivos y a los muertos en su manifestación y en su Reino, <sup>2</sup>que prediques la palabra y que instes a tiempo y fuera de tiempo. Redarguye, reprende, exhorta con toda paciencia y doctrina, <sup>3</sup>pues vendrá tiempo cuando no soportarán la sana doctrina, sino que, teniendo comezón de oír, se amontonarán maestros conforme a sus propias pasiones, <sup>4</sup>y apartarán de la verdad el oído y se volverán a las fábulas. <sup>5</sup>Pero tú sé sobrio en todo, soporta las aflicciones, haz obra de evangelista, cumple tu ministerio.

El ministerio cristiano, un encargo solemne  
Se emprende en presencia de Dios mismo  
Requiere de constancia y fidelidad en cumplir sus deberes

Estimados miembros de la congregación, visitas, y sobre todo, Gabriel:

¡Éste es un día ilustre, el día de la ordenación de otro ministro de la palabra! Con la ordenación se está dando testimonio público de que Gabriel es apto para la obra del ministerio y que ha recibido un llamamiento legítimo de su congregación para servirla como su pastor.

Pero al mismo tiempo es un día solemne cuando consideramos la naturaleza del encargo que Dios pone en el que acepta el llamamiento al santo ministerio. Implica gran responsabilidad, y la necesidad de una labor infatigable aun en tiempos de gran dificultad y resistencia a las labores del ministro fiel. Meditemos hoy, entonces, en el tema: El ministerio cristiano, un encargo solemne.

El ministerio es un encargo solemne en parte porque todo en el ministerio se hace en la presencia de Dios mismo. Pablo comienza nuestro texto con las palabras: “Te suplico encarecidamente delante de Dios y del Señor Jesucristo, que juzgará a los vivos y a los muertos en su manifestación y en su Reino, que prediques la palabra”. El encargo es predicar la palabra, pero no es cualquier palabra, es la palabra de Dios. Y a Dios le importa mucho que esta palabra se proclame y que se haga con absoluta fidelidad. Todas las labores del ministerio se hacen en la presencia de Dios mismo. Hacer la obra del Señor de una forma desganada, siendo indiferente si se ha identificado

bien el sentido de la porción de la palabra de Dios que se está predicando y aplicando, no es una opción. El mismo Señor Jesucristo, quien no descansó hasta que dio su propia vida por la salvación de los pecadores, y que busca fidelidad y esmero en cumplir nuestras tareas, es testigo de todas nuestras actividades como ministros de la palabra. No es sólo algo entre mí y la gente a quien sirvo. Ni siquiera es algo sólo entre mí y mi conciencia. Todo se hace en la presencia de Dios y somos responsables delante del Señor. Y aquí tenemos una solemne advertencia de que no sólo vino para salvar, regresa también para juzgar. “Juzgará a los vivos y a los muertos”. Y esto incluye a los ministros de la palabra.

Pero los ministros de la palabra también han sido redimidos por este Cristo, de modo que, aunque reconocemos que la infidelidad a Cristo en el ministerio traería un severo juicio en el último día, también nos consolamos en que la sangre de Jesucristo fue derramada para el perdón de los pecados de todos los predicadores de su palabra, al igual que por todos los hombres. Así que, motivados por este mismo evangelio del perdón de pecados que proclama fielmente a otros, el ministro cobra ánimo y se consuela en el pensamiento de la manifestación y el reino de Jesucristo. Cristo aparecerá como juez, pero el que ha puesto su confianza en la muerte de Cristo por él recibirá la misericordiosa declaración e invitación en ese día: “Bien, buen siervo y fiel; sobre poco has sido fiel, sobre mucho te pondré. Entra en el gozo de tu señor” y “Entonces el Rey dirá a los de su derecha: ‘Venid, benditos de mi Padre, heredad el Reino preparado para vosotros desde la fundación del mundo’ Mt 25.21, 25.34.

“Predica la palabra”. Este es el solemne encargo que Jesucristo te da hoy. La palabra es, esencialmente, el mensaje del evangelio, las buenas noticias de que Dios en Cristo ha salvado al mundo de su pecado. Este mensaje debes proclamarlo como un heraldo, levantar la voz como vocero de aquel que te ha encomendado el mensaje en la Sagrada Escritura para que sea proclamada a la humanidad para su salvación.

¿Pero qué será necesario para proclamar la palabra? San Pablo nos da una descripción: “que instes a tiempo y fuera de tiempo”. Es una manera de decir, cuando parece conveniente y cuando parece inconveniente. Cuando el clima es de aceptación del mensaje y cuando el mensaje enfrenta hostilidad y rechazo. Porque habrá tiempos cuando no parecerá conveniente dar un testimonio audaz a la verdad del evangelio. Habrá ocasiones en que puede ser hasta peligroso hacerlo. Sin embargo, se necesita hacer. La actitud que Pablo aquí pide en Timoteo es la actitud que llevó a Lutero a decir, cuando amigos, temiendo que lo mataran sus enemigos, le aconsejaron no asistir a la dieta de

Worms, que aunque hubiera tantos demonios allí como tejas en los techos, él iría para dar testimonio del evangelio.

Habrán tiempos cuando parece “fuera de tiempo” seguir con la fiel predicación de la palabra. Muchas veces la palabra encuentra rechazo y hostilidad. Inclusive los que en un tiempo profesaban aceptar la verdad a veces se apartarán de ella para ir tras otras doctrinas que sean más al agrado del ser humano en su estado natural. Pablo advierte a Timoteo que “vendrá tiempo cuando no soportarán la sana doctrina, sino que, teniendo comezón de oír, se amontonarán maestros conforme a sus propias pasiones, y apartarán de la verdad el oído y se volverán a las fábulas”. Trágicamente, las personas que han escuchado la verdad, la única verdad que les puede salvar, pueden cansarse y aburrirse de ella y apartar su oído para seguir las fábulas, ingeniosas invenciones humanas. Pablo describe la situación como teniendo “comezón de oír”. Serán como los atenienses, que “en ninguna otra cosa se interesaban sino en decir o en oír algo nuevo” (Hch 17:21).

No soportarán la sana doctrina. ¿Qué debe hacer el fiel pastor si enfrenta esta situación? ¿Debe cambiar su mensaje para estar más al gusto de los oyentes? ¿Debe modificar la antigua verdad para que esté más de acuerdo con el espíritu del tiempo? ¿Debe predicar lo que la gente quiere escuchar para ser un predicador popular? Tal vez llegue a ser un predicador popular así, pero no será un fiel siervo de Jesucristo. Será sólo otro de los maestros que a la gente le encanta amontonar para satisfacer sus propios deseos. Pero ese camino es el camino a la destrucción, no sólo de los oyentes, sino de los pastores que se dejen llevar por ese afán. “Pero evita profanas y vanas palabrerías, porque conducirán más y más a la impiedad y su palabra carcomerá como gangrena. Así aconteció con Himeneo y Fileto, que se desviaron de la verdad diciendo que la resurrección ya se efectuó, y trastornan la fe de algunos” (2 Ti 2.16-18).

Debido a esta tendencia humana de desviarse de la verdad, el ministerio cristiano exige la mayor fidelidad y constancia. “Redarguye, reprende, exhorta”, dice Pablo a Timoteo, y lo mismo será necesario también en tu ministerio. Redarguye también se podría traducir: Confronta. El fiel pastor cuando ve que las ovejas se apartan de la verdad o que están tomando a la ligera algún pecado, necesitan ser confrontados con la ley. Tal vez no acepten, o tal vez se enojen, pero el fiel pastor no tiene otra opción que confrontar el pecado con el mensaje severo de la

ley y la condenación que todo pecado merece. Debes también “reprender” a los que no quieren hacer caso. Tendrás que decirles la verdad acerca del juicio eterno que están acarreado con su rechazo de la palabra, del mensaje de la verdad en Cristo Jesús. Pero a los que hacen caso, a los que se arrepienten, debes “exhortar” o “animar”, predicarles el mensaje dulce del perdón de sus pecados por los méritos del Cristo que murió en su lugar, y animarles a seguir constantes y fieles a su buen Redentor.

Pablo mismo sabe que no será fácil. Así que agrega que esto se debe hacer “con toda paciencia y doctrina”. Con toda paciencia. No puedes nada más darte por vencido cuando enfrentes dificultades. La necesidad de las almas requiere constancia y paciencia aun frente al rechazo y el peligro. Y el medio para llevar a cabo un ministerio al agrado de Dios que realmente beneficiará las almas es “doctrina”, la enseñanza que Dios ha certificado en la Sagrada Escritura. ¿Si algunos no harán caso, si “no soportarán la sana doctrina”? Aun así, hay que quedarse fiel en predicar la verdadera doctrina, la doctrina que puede salvar las almas de los pecadores.

“Pero tú sé sobrio en todo, soporta las aflicciones, haz obra de evangelista, cumple tu ministerio”. Sé sobrio en todo. No te dejes desanimar fácilmente. Reconoce que aunque vengan aflicciones, vale la pena soportarlas por la gloria que espera al fiel siervo de Jesucristo. Haz obra de evangelista. Deja que el evangelio de la salvación gratuita por Jesucristo sea el tema que apliques a ti mismo y a los oyentes. Así en verdad cumplirás tu ministerio.

Pablo dio estas palabras de consejo a Timoteo cuando sabía que él mismo pronto moriría por el evangelio. Sigue repasando su propio ministerio en los versículos inmediatamente después de nuestro texto: “Yo ya estoy próximo a ser sacrificado. El tiempo de mi partida está cercano. He peleado la buena batalla, he acabado la carrera, he guardado la fe” (2 Ti 4.6-7). Pablo ha soportado las aflicciones, ha cumplido su ministerio. ¿Y cuál será el resultado? “Por lo demás, me está reservada la corona de justicia, la cual me dará el Señor, juez justo, en aquel día; y no solo a mí, sino también a todos los que aman su venida” (2 Ti 4.8). Y eso será el resultado también de tu fiel ministerio, Gabriel, por la justicia que Jesucristo ganó en la cruz y aplica a nosotros los pobres pecadores por medio de la fe en él. Pero no será el resultado sólo para ti, sino para todos los que hacen caso al mensaje sagrado que les proclamas. Que Dios siga

bendiciéndote en tu ministerio, Gabriel, desde ahora hasta el fin de tus días, cuando tú también entrarás en la gloriosa presencia del Señor a quien has servido fielmente en esta vida. Amén.